



La Lectura Popular

AÑO XXI.

Orihuela 1 de Marzo de 1902.

Núm. 445

TODOS LOBOS

Es fenómeno que llama la atención en esta lucha que presenciamos cada día en que cierta clase de ricos y cierta clase de pobres se tiran los trastos á la cabeza, que haya un punto en que los combatientes de uno y otro bando hayan estado y esten siempre completamente de acuerdo: en odiar y querer destruir lo que todos ellos llaman el *clericalismo* que no es otra cosa, hablando en plata, que la religión católica apostólica romana que tanto unos como otros mamaron con la leche de su madre.

Ciego ha de estar el que no vea, que hoy, por regla general, así los burgueses que, segun dicen los socialistas, son unos *ladrones que crian barriga á costa del sudor del pobre*, como los socialistas, anarquistas, libertarios etc., que, segun aseguran los burgueses, son unos *granujas que pretenden vivir sin trabajar*, al tratarse de monjas, frailes y curas olvidan sus rencores, se hacen amigos y se juntan como un solo hombre para combatir al enemigo común.

¿Qué quiere decir eso?

¿Qué significa eso de juntarse los de arriba y los de abajo para considerar como enemigo común al catolicismo?

Pues quiere decir que todos son lobos de una misma camada, y que ninguno busca la justicia, puesto que todos ellos odian á Dios, aborrecen á Jesucristo y detestan el Evangelio.

Y no se diga que mentimos ó exageramos, pues ahí están bien patentes dichos hechos que prueban nuestra afirmación.

Por la parte de los agitadores de abajo ahí está *El Progreso* de Barcelona órgano de Lerroux que hace pocos días escribía los siguiente:

«Hay que decir la verdad, llevarla en los labios, en la conciencia y en la pluma.

»No se trata de arreglos del Concordato: se trata de separar la Iglesia del Estado.

»No se trata de expulsar á los Jesuitas: se

trata de expulsar á todos los frailes y Congregaciones religiosas.

»No se trata solamente de secularizar la sociedad: se trata de suprimir á Dios.

»¿Qué es difícil la empresa? Ya lo sabemos Por eso mismo hay que acometerla de frente, con franqueza, con el valor de Suñer y Capdevila, que en pleno Parlamento, proclamó la guerra santa, la guerra á Dios.»

Ahí está el órgano de Blasco Ibañez, *El Pueblo* de Valencia que hace ocho meses escribía así:

«Las órdenes religiosas son la vanguardia de Dios y á El hay que declararle la guerra. Hace mil novecientos años *el Galileo* predicó una doctrina de muerte, de resignación y de sacrificio, que ha servido para mantener el poder de todos los opresores y de todos los tiranos. Hora es de que toda la masa sierva y humillada y azotada no se resigne. Es tiempo de que no nos contentemos con el grito de Juliano el apóstata ¡Venciste Galileo! sino que sea él el vencido. Es tiempo y hora de que... aplastemos la cabeza de la bestia porque sin cielo y sin altar no habría reacción, no habría miseria, no habría injusticia. Hay que dar la batalla contra lo sobrenatural contra lo divino, inventado para sumir á la humanidad en eterna cadena. ¡Abajo los jesuitas! y ¡abajo Jesús!»

Ahora no hay que calentarse mucho la cabeza para demostrar que si los de abajo disparatan y blasfeman de esta manera, los de arriba callan y cuecen que es mucho peor.

Ahí está el decreto famoso del ministro Gonzalez preparando los pasaportes á las congregaciones religiosas para que se vayan por donde se han ido de las demás naciones dominadas por los poderes seculares.

Ahí están los trabajos del ministro Romanones para matar la enseñanza privada y quitar á los padres de familia la única defensa que les quedaba contra el ateísmo que va invadiendo la enseñanza oficial.

Y ¿á qué cansarnos mas? mientras los de abajo apedrean conventos, ahí están los de arriba dejándolos apedrear.

Mientras los de abajo blasfeman en la tribuna y en la prensa ahí están los de arriba dejándoles blasfemar.

¿Qué significa esto?

Pues significa que con la escusa hoy de la cuestión social, como con la escusa ayer de la cuestión política; que con el pretexto hoy de hacer justicia al pueblo, como con el pretexto ayer de dar libertad al pueblo, lo que se busca y se trama y se está realizando es un plan de descristianización universal que va á acabar con la libertad, con la justicia y con el pueblo si Dios no lo remedia.

Sabemos que nuestras palabras entrarán por muchos oídos para salir por otros pero ¿que importa? nuestro deber es decir la verdad á los inocentes, á los obreros honrados, á los que aun queda un poco de luz y de buen sentido, para que abran los ojos y vean claro que están haciendo el juego, no á sus propios intereses, sino á los intereses de una secta impía y cruel á la cual le importa tres pitos las lágrimas del pobre y la sangre que este derrama en las calles con tal de que triunfen las doctrinas infernales que precisamente son las que han desorganizado el trabajo y han traído los males económicos que padecemos.

Nosotros que no adulamos al obrero como los redentores de pega que le pintan Jájulas socialistas, le demostraremos palpablemente que esos que se las pintan son precisamente los que con sus principios liberales han convertido al trabajador en esclavo capital.

Y sino dígasenos.

¿Quién ha destruido los antiguos gremios?

¿Quién ha proclamado la libertad de industria hija de la avaricia libre?

¿Quién ha introducido el libre cambio?

¿Quién ha hecho triunfar los errores económicos de la escuela inglesa?

¿Quién ha defendido con entusiasmo la aplicación á la industria de esas grandes máquinas que cada día dejan cesantes millares de brazos?

¿Quién ha proclamado el falso principio de la libertad del trabajo que ha hecho de la industria un feudalismo y del obrero un siervo del capital?

Dicen los flamantes apóstoles del socialismo que buscan la *justicia* ¡Embusteros!

Con la misma música acompañaban sus peroratas los antiguos predicadores de la *libertad*.

Vea el pueblo inocente en qué ha venido á parar la *libertad* que se le ofrecía y saque en consecuencia la *justicia* que le espera.

Saben los eternos explotadores del pueblo que éste se ha desengañado de política, que ya no le hace efecto el himno de Riego y el ¡viva la libertad! y quitándose el morrión progresista se calan el gorro frigio y gritan al son de la marsellesa ¡viva la liquidación social!

La añagaza está mas clara que la luz. Antes engañaban á Juan Cordero hablándole al corazón, ahora le quieren engañar hablándole al bolsillo.

«¡Disminución de horas de trabajo!»

«¡Aumento de jornal!»

¡Magnífico; muy bien! La proposición es bellísima.

Pero fíjense los obreros ilustrados, los obreros inteligentes, los hombres de blusa que tienen talento é independencia bastante para no dejarse llevar como burros de reata, fíjense en las siguientes consideraciones que vamos á apuntar ligeramente sin perjuicio de tratar otro día el asunto más despacio porque no es posible decirlo todo en un artículo.

Se parte de la base de que el obrero no está bien retribuido: que sus necesidades son superiores á los medios que el jornal le dá para satisfacerlas.

Convenido.

Aceptamos desde luego la verdad de la proposición.

Ahora busquemos el origen del conflicto y averigüemos dónde está el remedio.

Ridículo es pensar que el conflicto nace solo de la mala voluntad de los patronos industriales y que el remedio está en obligarles á acceder á lo que se les pide por la fuerza.

Supongamos una industria cualquiera: la fundición de hierro (puesto que en los metalúrgicos comenzó la huelga.)

Pide el obrero la reducción á nueve horas de las 10 que trabaja. Pide quizás y (si no lo pide ahora lo pedirá luego) que el jornal se aumente un poco: que el que gana por ejemplo, 2 pesetas 50 céntimos gane 2'75; que el que gana 5 gane 5'50.

Pequeñísima cosa. Damos por supuesto que esta petición de aumento es tan justa

y razonable como la de reducción de las horas de trabajo. Convenido.

Pero ahora entra la segunda parte.

La industria de la fundición de hierro como las otras industrias no es un monopolio. En ella como en todas existe la competencia y la competencia crece. Las piezas elaboradas no se venden al precio que se quiere sino al que se puede. Diez horas de trabajo reducidas á nueve representan un diez por ciento; añádase otro diez del aumento del jornal y resulta un veinte. ¿Quién le asegura al obrero que su patrono podrá sostener la fabricación en tales condiciones?

¿Y la competencia de otras fábricas?

¿Y la competencia del extranjero?

Supongamos (cosa imposible) que todos los patronos de Europa hicieran un concierto internacional aumentando el precio de los productos.

¿Y el consumidor?

¿Quién obliga al consumidor á consumir caro para sostener la fabricación cara y poder atender así á la verdadera necesidad del trabajador sosteniendo más elevado su jornal y más moderado su trabajo?

Basta un poco de buen sentido para echar de ver en seguida que el daño es mas hondo; que está en el desequilibrio del trabajo mismo. En que la *demanda* de trabajo es inferior á la *oferta*. En que el consumo es inferior á la producción.

¿Y por que?

Aquí entra lo gordo; aquí está el secreto que no descubrirán nunca á los pobres obreros los predicadores que les engañan.

Porque la civilización moderna con sus falsos progresos, con su libertad de industria, con su libre cambio y demás errores del repertorio naturalista, rompiendo las justas leyes del trabajo, destruyendo los gremios, proclamando el principio de la libertad de hacer, como proclamó el de la libertad de pensar y de blasfemar, favoreció al pescado gordo para que se tragara al pequeño y mató la pequeña industria para favorecer la grande.

Por que despreciando el espíritu del Evangelio y las doctrinas de la sana filosofía cambió el modo de ser de los pueblos haciendo de la avaricia un ídolo y de la industria una religión en cuyos altares son sacrificados los menesterosos de la tierra.

¿Cómo se remedia todo esto?

Pues hay una manera de remediarlo todo; hay una manera de que acabe la dura ley de la *oferta y la demanda*; de que acabe ese dogma nuevo del liberalismo económico de donde vienen todos los males que ahogan al obrero y no solo al obrero sino tambien al patrono, porque

la competencia todo lo centraliza. (Véase la nota.)

Hay un medio repito de que acabe tanta iniquidad y de que el lobo respete al cordero.

¿Sabeis cual es?

Robustecer el cayado del PASTOR.

Pero eso es lo que no le conviene al lobo y por eso engaña al cordero infeliz y le predica contra los curas.

Es decir contra el espíritu cristiano que abomina y abominó siempre toda tiranía.

ADOLFO CLAVARANA.

NOTA.—Eso de la *oferta y la demanda* que llamamos dogma nuevo, quiere decir que antiguamente y mientras las ideas liberales, materialistas y ateas, no invadieron el campo de la economía política, el trabajo regulado por leyes sabias hacía del trabajador un artesano libre, lo agremiaba, imponía trabas justas que impidiesen la competencia que podía arruinar la mano de obra; pero vino el liberalismo, rompió estos moldes, convirtió al artesano en jornalero y arrojó sus brazos al mercado para que se cotizasen como los nabos ó las patatas segun la mayor ó menor necesidad. Y como la necesidad de brazos fué siendo menor á medida que la codicia iba inventando nuevas máquinas de esas que solo sirven para ahorrar trabajo, el obrero fué perdiendo valor y acabó por ser esclavo del capital.

¿Tiene de esto la culpa el capital?

No; sino la revolución que destruyó las leyes que regulaban sus relaciones con el trabajo.

A. CLAVARANA.

A continuación nos ha parecido bien publicar el siguiente artículo que hace veinticuatro años insertamos en un periódico de esta localidad titulado, *El Segura*, cuando aun no habíamos fundado LA LECTURA POPULAR; y por él se verá que las doctrinas que exponemos en el artículo anterior las tenemos muy arraigadas desde antiguo y que hemos resultado profetas.

Las grandes máquinas y las grandes industrias

Era yo casi niño cuando oía á uno de mis profesores de la Escuela Industrial repetir el sistemático panegrico de esos instrumentos con que el hombre ha procurado defenderse de la terrible ley del trabajo. «Condenar las máquinas, decía volviendo á los eternos argumentos de años anteriores, equivaldría, señores, á condenar la aguja, á condenar el arado, á condenar la pluma, y en buena lógica ó se ha de caer en estos absurdos ó ha de admitirse como axioma irrefutable que las má-

quinas siempre constituyen un verdadero progreso.»

«Esa Escuela oscurantista que encerrada en un círculo mezquino anatematiza el instinto más noble de la humanidad que es el instinto de perfección; esa Escuela que cediendo á temores pueriles de males pasajeros quisiera detener con su mano el progreso de la industria debe ser combatida cada día con las armas de la ciencia.»

«Mostrad señores, á esos hombres tímidos y apocados, á esos pesimistas adoradores de lo pasado y remoras de la civilización actual la marcha magestuosa de Inglaterra en cuyo suelo estéril y reducido viven sin embargo relativamente más gentes que en ninguna parte de la tierra. Que cuenten su población; que cuenten su oro y que os digan después que los indefinidos progresos de la mecánica son un peligro ó un mal social.»

Era yo un niño repito, y deslumbrado con tanta lógica y ciencia tanta venia hecho un apóstol á mi tierra durante las vacaciones decidido á convencer á más de cuatro que no habían visto el mundo más que por un agujero; artesanos antiguos, gente atrasada, algunos de ellos tejedores de sedas que tenían el atrevimiento de quejarse de que las grandes fábricas de tejidos los habían dejado sin comer. «Esto es un mal pasajero les arguía yo procurando recordar las lecciones de mi profesor. «Variad de oficio pero no condenéis las máquinas porque esto equivaldría á condenar la pluma, la aguja y el arado.» El golpe era contundente y les vi bajar la cabeza pero luego observé que la bajaban para reírse. Uno finalmente se atrevió á replicarme. ¿Qué tiene que ver la aguja con las fábricas de tejidos?

Esto era una verdadera blasfemia científica que me hizo volver la espalda con desprecio á aquella gente que no veía más allá de sus narices.

En efecto blasfemia parece en pleno siglo diecinueve sostener algo que sea contrario á los vertiginosos progresos de la mecánica aplicada á la industria. Después de haber hablado sobre la materia hombres tan eminentes como Say, Blanqui, Droz, Bergery, Dupin y otros muchos parece ridículo objetar nada á tan generalizadas doctrinas. Y sin embargo desde que oí los escolásticos argumentos de mi buen profesor hasta hoy me ha sugerido la observación tantos en contra que casi me voy convenciendo de que las frases del tejedor cesante que tanto me escandalizaron y que traducidos al lenguaje de la ciencia no eran sino la negativa de que pequeñas y las grandes máquinas, podrían

ser dictadas por la ignorancia pero encerraban no poca filosofía.

Desde entonces he observado que las grandes máquinas han dado lugar á las grandes industrias; que las grandes industrias no han sido otra cosa que grandes monopolios y que si en orden al consumo, máquinas, industrias y monopolios han realizado grandes progresos abaratando los productos y satisfaciendo desde los instintos fastuosos del rico hasta las ridículas vanidades del pobre, en orden á la producción y distribución de la riqueza han causado no pocos males, y lo diré sin reparo, un verdadero retroceso. Las grandes industrias han matado á las pequeñas, y al verificarse este cambio, los que ayer eran jefes de su obrador y capitalistas modestos que trabajaban en su propio hogar, hoy son pobres obreros agrupados en inmensos talleres, donde ya que no les es posible sacudir el yugo de un trabajo que ellos consideran tributario de la avaricia, se contentan con aprender doctrinas antisociales, y con soñar revoluciones demagógicas. Este cambio no es un progreso.

Así como las antiguas conquistas de la espada engendraron las antiguas aristocracias que al degenerar en ominosos feudalismos hubo necesidad de destruir, así las modernas conquistas de la mecánica han creado la aristocracia del oro, el feudalismo de la industria que hay necesidad de limitar.

La centralización del trabajo es un mal social de los más graves y el pauperismo su más inmediata consecuencia. Inglaterra puede vanagloriarse de ser en industria la señora feudal del mundo, y sin embargo Londres, Manchester, Liverpool y otras de sus ciudades más populosas, acusan las cifras relativas más desconsoladoras de mendigos, ladrones y prostitutas.

La gran industria ha centralizado el oro, y la centralización del oro ha enriquecido á unos pocos á espensas de reducir al mayor número á la esclavitud del trabajo asalariado, hermana gemela de la indigencia y del embrutecimiento. Ha destruido la clase media, esa clase que en los pueblos modernos parecía destinada por la providencia á conservar el fuego sagrado de la virtud y de la ciencia. Ha aglomerado en esos grandes centros una población inmensa que á cada oscilación del consumo responde con una crisis aflictiva, con un tumulto amenazador ó con una revolución sangrienta. Agoviada por una rivalidad más creciente cada día y por un espantoso exceso de producción ha tenido que recorrer cada vez más rápidamente ese círculo trazado por la

moderna ciencia económica y cuya fórmula consiste en producir para abaratar, en abaratar para estimular el consumo, y estimular el consumo para sostener la producción.

Las consecuencias de esta doctrina son terribles. La necesidad de abaratar aumentada por la rivalidad exige la disminución del precio de los jornales, el aumento de las horas de trabajo ó la invención de nuevas máquinas que necesitan menos obreros.

La explotación del hombre por el hombre se hace cada día más dura y el obrero se ve en el caso de asociarse para defenderse con las armas en la mano (1) no de lo que él llama la avaricia del burgués sino (cosa rara) del mismo progreso industrial que alimenta más ó menos precariamente la vida de sus hijos. ¿Puede darse un espectáculo más extraño y una lección más elocuente que la de una turba de obreros incendiando sus propias fábricas?

La necesidad de abrir mercados á los productos de esas industrias colosales y gigantescas ¿cuanta sangre ha hecho derramar en esas guerras hipócritamente llamadas guerras de civilización? No creo que en los tiempos modernos haya sostenido la robusta Albión otra clase de luchas que las que le aconseja su conveniencia mercantil. Ha soñado con ser la metrópoli universal de la industria á cuyos mercados fueran tributarios todos los pueblos de la tierra. Sueños como estos solo se engendran en los delirios de la avaricia. El tejedor cesante tenía razón. Es muy distinta la máquina que ayuda al hombre á vencer á la materia para que le proporcione lo necesario para su vida á la máquina que le ayuda á enriquecerse indefinidamente á espensas del porvenir de los demás. Se me objetará como lo hubiese hecho mi buen profesor, que es una quimera y un absurdo hablar de límites y de sistemas preventivos ó represivos de la actividad humana, y aun tal vez se añadirá que la imposibilidad del remedio indica que no está el mal donde yo le señalo, pero el tratar estos puntos es materia de otros artículos, pues ya es hora de terminar este, repitiendo con Montesquieu «que no siempre son útiles las máquinas cuyo objeto es el abreviar el trabajo.»

ADOLFO CLAVARANA

PENSAMIENTO

El protestantismo fué el abuelo, el materialismo el hijo y el anarquismo el nieto. He aquí la genealogía liberal de donde vienen todos nuestros males.

C.

(1) Que es lo que ahora está sucediendo.

SUETOS Y VARIEDADES

PROFECÍA

Amenaza el día de las grandes tinieblas, y habrá que defender la cuna de nuestros hijos y la casa de nuestro Dios, y habrá que salvar la patria. El que siga la bandera de nuestros padres, haga por ser digno de seguirla; y si tiene orgullo, que lo pise; y si siente ambición, que la ahogue; y si oye la voz del interés, que la maldiga.

Las nubes se han condensado, la tierra se ha oscurecido; ya se acerca, haciendo estremecer á la naturaleza, el gran rumor de la tempestad. ¿Oís? Se vá agrandando se vá acercando: no es Ciro que en nombre de Cristo puede salvarnos; «no es Ciro todavía»: es una confusa y furiosa muchedumbre que viene á pedirnos la debida indemnización por el daño causado.

Dejados de la mano de Dios, de error en error irán, de ceguera en ceguera, de escándalo en escándalo, y reñirán miserablemente, y atrozmente se combatirán y España dará un grito como el apóstol «Señor, que nos hundimos», y «brillará en los aires el lábaro de Constantino, y España se habrá salvado.»

Aparisi y Guijarro.

La resurrección y la vida

Hay un pasaje en el Evangelio tan lleno de amor, de vida y de belleza, que no es posible meditarlo sin sentir en nuestro interior algo que nos vivifica, dándonos fortaleza y confianza.

Es la resurrección de Lázaro.

El amigo de Jesús había muerto; sus hermanas, Marta y María, esperaban que el divino Maestro hubiera llegado á tiempo de curar milagrosamente al enfermo; pero sus esperanzas se desvanecieron al ver desaparecer tras la losa del sepulcro el cuerpo de Lázaro.

Trascurrieron cuatro días, y entonces llegó Jesús.

«—Si hubieras estado con nosotras, Lázaro no hubiera muerto!»

Esta fué la queja de las atribuladas hermanas...

Jesucristo fué al sepulcro de Lázaro; una losa y un abismo le separaban de su amigo.

Mandó quitar la losa, y...

«—Lázaro, sal fuera! —exclamó.

La naturaleza reconoció aquella voz; era la misma que en el principio de los

tiempos decía: «¡Hágase la luz!» y hacía que la luz brotara del fondo del caos... y Lázaro volvió á la vida.

Dejad que me detenga ante esta escena admirable; dejad que recoja algo de ese torrente de luz y de esperanza que de ella brota.

Brilla en todo este pasaje de una manera tan especial el poder y el amor de Cristo, que nos llena de admiración y consuelo.

Aquella voz potente que obliga á la muerte á abandonar su presa..., aquella ternura del Corazón de Cristo, aquellas lágrimas derramadas ante la tumba del amigo. ¡Un Dios que llora, y llora por el hombre!... ¿Qué más podíamos soñar?

Y bien, ¿aquel poder y aquel amor fué nada más que un relámpago que pasó para no volver? ¿Aquella voz que con sólo su virtud daba la resurrección y la vida, se extinguió para siempre?

No, Cristo era ayer, es hoy y será siempre; Cristo llena los siglos, Cristo es de todos los tiempos.

El mismo poder que tenía entonces, tiene ahora; los mismos sentimientos que animaban su corazón, le animan hoy.

El siempre será la Resurrección de los muertos, la Resurrección de las almas, la Resurrección de los pueblos.

No hay vida sino en El.

¡Hombres corrompidos! ¡Cadáveres animados que lleváis en vuestras almas la hediondez del sepulcro! ¿Queréis vivir? Acudid á Cristo y encontrareis vida en abundancia.

¡Pueblos decadentes que lleváis el sello de la muerte! ¡Sociedades agonizantes! ¿Queréis vivir? Llegad á Cristo, que sólo en El está la resurrección y la vida.

Acordaos de Roma. ¿Quién había de esperar que un pueblo como aquel resucitara?

¿Quién había de creer que aquel caos de libertinaje y maldades se transformara?

Roma esta muerta; pero pasó sobre ella un soplo de Evangelio, y de aquel montón de ruinas brotó un pueblo nuevo, lleno vigor y energías.

Así se salvará la sociedad si vuelve á Cristo que es el Camino, la Verdad y la Vida y por tanto solución de todos los problemas.

Luis León

«Siglo Futuro»

Habla Victor Hugo

«Hay—decía en la asamblea nacional de 1850—una desgracia en nuestro tiempo; diría que no hay más que una desgracia; que es la tendencia á circunscribirlo todo á la vida

presente, y al dar al hombre por objeto y fin la vida terrena y material, agravándosele todas las miserias por la negación que le, ponen al fin, se añade á la opresión de los desgraciados el peso insoportable de la nada y lo que no era más que sufrimiento, es decir, la ley de Dios, se convierte en desesperación; es decir, en ley del infierno. De aquí surgen profundas convulsiones sociales.

«Soy de aquellos que quieren—y nadie lo dudará en este recinto,—soy de los que quieren, lo digo con sinceridad, la palabra es muy poco expresiva, de los que quieren con un ardor indecible y por todos los medios posibles, mejorar en esta vida la suerte material de los que sufren; pero el primero de los alivios es darles la esperanza. ¡Cuánto se disminuyen nuestras miserias finitas, cuando se mezcla en ellas una esperanza infinita!

«Es deber de todos nosotros, lo mismo legisladores que Obispos, sacerdotes que escritores, emplear, prodigar bajo todas las formas, toda la energía social para combatir y destruir la miseria, y al mismo tiempo hacer levantar todas las cabezas hacia el cielo, dirigir todas las almas encaminar todas las esperanzas hacia una vida ulterior en que triunfará la justicia.

«La ley del mundo material es el equilibrio; la ley del mundo moral es la equidad. «Dios se encuentra al término de todo», no lo olvidemos y enseñémoslo á todos; no habría ninguna dignidad en vivir, y no valdría la pena la vida, si todo acabase en este mundo. Lo que alivia la fatiga, lo que santifica el trabajo, lo que hace al hombre fuerte, bueno, prudente, paciente, benévolo, justo, humilde á la vez que grande, digno de la inteligencia, digno de la libertad, es tener ante sí la vida futura á través de las tinieblas de este vida. (Viva y unánime aprobación).»

¿Oís anticlericales? ¿Oís liberales de toda casta? Así hablaba el ídolo ese que adorais y cuya fiesta celebrais tanto. Sus palabras condenan vuestra impiedad y si despues cayó en ella condenan la suya.

LA LECTURA POPULAR

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id. . .	1 » »
Un octavo id. . .	0'50 » »

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de La Semana Católica, Págs. 6, principal, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR